

La viga en el ojo

Reflexiones sobre lo monstruoso de la política moderna desde la fenomenología material

POR CARLOS BELVEDERE

Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires y licenciado en Sociología por la Universidad del Salvador. Es investigador independiente del CONICET, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Es profesor adjunto regular de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Actualmente es co-chair de la Society for Phenomenology and the Human Sciences. Integra el comité ejecutivo de The International Alfred Schutz Circle for Phenomenology and Interpretive Social Science y el comité editorial de la revista *Human Studies*. Es autor de diversos libros y artículos sobre fenomenología y etnometodología.

1 Se me pide, en primer lugar, que adopte una mirada irónica sobre lo que llamamos monstruos. La solicitud es de una admirable coherencia interna, pues lo monstruoso está en la mirada y la ironía, en la distancia que ella instaura.

El filósofo de la vida, Michel Henry, ha llamado la atención sobre esto en su libro *Fenomenología material*, donde caracteriza como monstruosa a la aplicación de las categorías de la percepción a la relación con el otro. Comencemos, entonces, haciendo propias algunas consideraciones suyas.

En su crítica al modo en que Edmund Husserl trata la cuestión de la intersubjetividad, Henry muestra que resulta paradójico abordar nuestra experiencia del otro a través de la percepción porque sería sustituir el modo de ser y de darse la subjetividad por el de la cosa.

En efecto, la percepción es el modo en que nos son dadas las cosas, en el medio de la exterioridad y bajo la forma del objeto. Por eso, aplicarle las categorías de la percepción a nuestra relación con el otro sería sustituir equivocadamente la inter-subjetividad viva y patética en la que estoy con él por la experiencia de algo muerto cuya cualidad "psíquica" es una mera significación irreal asociada a su ser cósmico.

En ese mismo acto, el otro es reducido a mi representación del otro, no siendo ya el otro real con el que entro en

relación sino un mero objeto de mi representación. Esto significaría una degradación ontológica del otro en la cual se quiere que confíe su ser a la representación, es decir, a un medio ontológico que le es extraño. De este modo:

"El despliegue y desarrollo de la inter-subjetividad patética concreta queda por ende regulado por las leyes de la presentación perceptiva y no por las leyes del *pathos* de las subjetividades en su co-pertenencia interna al fondo de la vida: no son las leyes del deseo y de la realización, del sufrir y del gozar, del sentimiento y del resentimiento, del amor y del odio, sino, una vez más, las de la percepción [...] Fenomenología de la percepción aplicada a la alteridad, en lo que ella tiene de propio y, diría yo, de monstruoso" (Henry, 2009: 202).

Henry propone, en cambio, una recensión de la experiencia de la alteridad en que la percepción no desempeñe papel alguno dada su imposibilidad para acceder a la condición del ser común con el otro, que es el *pathos* propio de la subjetividad que somos. El encuentro con el otro, entonces, es patético y no perceptivo. Por eso, sus leyes son otras que las de la percepción.

A fin de describir esto, Henry retoma la expresión de Kierkegaard según la cual hay una "extraña acústica del mundo espiritual" (Henry, 2009: 204) que define nuestra relación concreta con el otro de un modo tal que desafía a las leyes de la percepción. Todo ser común con el otro se lleva a cabo en nosotros mismos, bajo la forma



- ▶ de un *pathos-con*, que nos da el ser común efectivo y concreto por fuera de la percepción del otro, en un estar con él que se realiza en el afecto. Luego, el otro se nos hace accesible merced a “una donación que consiste en la afectividad trascendental y, así, en la vida misma” (Henry, 2009: 205).

2.

Se me sugiere, en segundo lugar, que tome como eje de la descripción de lo monstruoso a la metamorfosis de los políticos. ¿Qué significa, ante todo, que hayamos llegado a percibirlos como monstruos? ¿Y qué implicancias tiene que esa percepción haya experimentado una metamorfosis?

Lo monstruoso, hemos dicho, está en la percepción aplicada al otro y no en el otro. Si los políticos se han vuelto monstruos no es por sus cualidades intrínsecas sino por el modo en que hemos llegado a verlos. Resulta fácil proyectar sobre el otro, en este caso sobre “los políticos”, nuestra propia visión. En este sentido, lo monstruoso está en el modo en que hemos llegado a contemplarlos y no en un proceso “objetivo” de deshumanización intrínseco al objeto de nuestra percepción. Los monstruos somos nosotros, los que vemos, y lo monstruoso es el ver aplicado a los otros. Prueba de ello es que debemos traer al análisis, como una olvidada condición, la *humanitas* de los políticos. Por insólito y brutal que resulte, parecería que hubiésemos olvidado que “el político también es un ser humano”...

Con este ánimo, invito al lector a desechar la auto-complacencia y prescindir de las numerosas objeciones que penden sobre el político y su actividad, corriendo el foco del análisis hacia la propia percepción. Hagamos, entonces, esta “revolución copernicana” y dejemos de girar en torno al objeto de nuestro repudio para mirarnos un instante a nosotros mismos, más precisamente, para mirar cómo miramos, para mirarnos mirando.

El paradigma de la percepción es, en Occidente, la vista. Y ver, tal como lo comprendió Merleau-Ponty, es “tener a distancia”. He aquí la primera consecuencia de haber entablado

nuestra relación con los políticos en los términos del paradigma perceptivo: que nos resultan distantes. Nos hemos distanciado de los políticos como si fuesen monstruos, como si su actividad nos fuera ajena. Nos hemos alienado de la política, con lo cual la política devino pura alienación.

Si nosotros, “los vivientes” (tal como nos llama Henry), ya no nos reconocemos en la política, es que la hemos deshumanizado. Precisamente, el modo en que la llegamos a ver tiene todas las notas de lo monstruoso que Henry le adjudica a la aplicación de las categorías de la percepción al otro. Ya no queda resabio de lo humano en ella. Lo cual significa que hemos objetivado una de las dimensiones fundamentales de nuestra vida en común, que es la política en tanto acrecentamiento de la vida de la comunidad de vivientes.

3.

Esta monstruosa objetivación resulta, sin embargo, comprensible en su contexto. La política occidental es, desde la modernidad, una política de la representación. En tanto representativa, se despliega en el horizonte de la exterioridad, que es, para Henry, el medio en el cual se recibe la objetividad del objeto: el medio de la irrealidad, o mejor dicho el de la desrealización de la esencia afectiva de la vida, que es su realidad material. Luego, la deshumanización de la política es consecuente con su concepción como política representativa.

Por ser la “anti esencia” de la vida, la representación no puede darnos más que esa monstruosa sustitución de lo humano por su imagen. No hay modo, si la consideramos desde la fenomenología material, de que una política de la representación nos dé otra cosa que una imagen monstruosa del otro, en el caso que nos concierne, del hombre político. Bien sabemos que, en la política de hoy, todo es cuestión de percepción: sólo vale la imagen, esto es, la representación del político; en cambio, su ser efectivo, su auto-afectación real, es decir, material, no entra ni podría entrar en consideración. Es, entonces, una política irreal en el sentido más profundo de la palabra.

No en vano proliferan las críticas a la “democracia formal”. Ella carece, precisamente, de materia; y, siendo la afectividad la materialidad real, una política como la que se quiere deberá salir del canon de lo representable para adentrarse en lo invisible, en la afectividad pura de la vida, y así devolver la política a la acción inmanente en la vida y a su acrecentamiento, es decir, a la cultura.

La política revivirá el día que abandone definitivamente el dominio de la imagen para regresar al seno de la realidad, es decir, de la vida. Recién entonces, dejará de resultarnos algo monstruoso. •

Bibliografía

Henry, Michel (2009). *Fenomenología material*. Madrid, Encuentro.

LO MONSTRUOSO, HEMOS DICHO, ESTÁ EN LA PERCEPCIÓN APLICADA AL OTRO Y NO EN EL OTRO. SI LOS POLÍTICOS SE HAN VUELTO MONSTRUOS NO ES POR SUS CUALIDADES INTRÍNSECAS SINO POR EL MODO EN QUE HEMOS LLEGADO A VERLOS.